

ala delta

Alejandro
FERNÁNDEZ POMBO

UN PARAGUAS ROJO



Vital nació el primer día del siglo XX y, cuando volvía de ser bautizado, una extraña mujer con paraguas rojo abordó a sus padres. Venía para transmitir al niño un don especial: la herencia del hado Raniero. A partir de entonces, algo insólito ocurrirá cada diez años en el entorno de Vital.

Alejandro Fernández Pombo es pedagogo, escritor y periodista de reconocido prestigio. Sus libros transmiten una gran fe en el ser humano y su sentido de solidaridad.

Índice de contenido

Cubierta

Un paraguas rojo

Prefacio

1901. El bautizo de Vital.

1911. Un Ford modelo T.

1921. «Atención, atención, las aguas están envenenadas».

1931. Fuego en el pajar.

1941. Un camión de harina.

1951. La herencia de tía Asun.

1961. Río Verde, paraguas rojo.

1971. El salto de los peces.

1981. Bic-bic.

1991. Nieve sobre el paraguas rojo.

Ésta es una historia. O quizá un cuento. No, yo creo más bien que es una historia. Pero no de tiempos remotos, sino de ahora mismo, del tiempo nuestro. Ocurre en una ciudad española que tiene un río, una calle real, una colegiata. Empieza cuando empezaba este siglo, el xx, en el que nosotros vivimos, y termina hace muy poco. Aunque quizá no haya terminado todavía. Para salir de dudas, lo mejor es que la leas. Lo mejor también para el autor; porque para eso ha escrito esto: para que tú y otras personas lo lean. Y lo piensen.

1901**El bautizo de Vital**

EN la Ciudad sonaron los cohetes, aunque no era fiesta. Pero don Clemente quiso que el bautismo de su primogénito fuese conocido por todos. Por eso sonaron los cohetes cuando el cortejo salió de la colegiata románica de San Bonifacio el día dos de enero. Su hijo había nacido el día antes, el uno de enero de 1901, el primer día del siglo XX, y su padre había querido bautizarle al día siguiente y ponerle cuanto antes el nombre de Vital con la esperanza de que le hiciera famoso, ya que sus apellidos Pérez y Fernández no ayudarían a la faena. Pero Vital sí, Vital sería famoso, aseguraba su padre, y por eso sonaban los cohetes cuando el cortejo salía de la colegiata. También sonaban –talán, talán– las campanas, porque para que así fuese, don Clemente había dado una buena propina a Tomásín el monaguillo.

Delante del pequeño cortejo iba la madrina y tía segunda del niño, doña Asunción, maestra de escuela (además de ser señora de grandes caudales, heredados de sus padres y no ganados con la enseñanza), que vestía un solemne traje negro largo hasta los pies y un abrigo con adornos y perifollos. Metía las manos en un enorme manguito. Completaba su atuendo una mantilla colocada sobre una enorme peineta, procedente de Filipinas.

A su lado, la Conchi, que sería –así estaba previsto– la niñera de Vital, al que llevaba en brazos, aunque casi no

se le veía entre las prendas que para abrigo y adorno (por eso llevaba muchos lazos) le habían puesto. Y hacían bien en taparle, porque el frío de aquella mañana era todo el frío del mundo.

Detrás, don Clemente, de negro como siempre y con una capa en la que se embozaba de manera que de su cara sólo se veían los ojos, penetrantes y negros también, entre el paño de Béjar de la capa y el sombrero hongo, casi con solemnidad de chistera.

Detrás de don Clemente, ya todos los parientes, los amigos, los criados de la casa, los empleados de la notaría de don Clemente, los vecinos de la calle Real y una tropilla de chicos que corrían alborozados y daban vivas a la madrina.

Así, por este orden, habían salido de la iglesia, mientras, al otro extremo de la plaza, Alvarito, el viejo criado de toda la vida, prendía con su viejo mechero de larga mecha en la mano, los cohetes que le iba dando su nieto y que habían traído el día antes del pueblo de Recas, «que eran los buenos».

Cuando el cortejo había casi cruzado la plaza y se disponía a entrar en la calle Real, fue cuando apareció, con paso decisivo, aquella señora que llevaba abierto sobre ella –aunque no llovía, ni nevaba, ni tampoco hacía sol en aquel momento– un enorme paraguas rojo que recordaba la lona del circo ruso que en esos días estaba instalado en el ensanche.

Siempre muy enérgica, como si estuviera en un desfile militar, la desconocida –nadie de los presentes la conocía – se dirigió hacia la niñera y se plantó ante el niño. Todos se pararon, la madrina se volvió, y el padre de la criatura, desembozándose, acudió protector al recién nacido.

–¿Éste es Vital? –dijo la dama, pero más afirmando que preguntando.



–Sí..., señora...; es mi hijo –respondió don Clemente.

–Ya lo sé. Es el primer niño que ha nacido en la ciudad en el último siglo del segundo milenio de nuestra era...

–¿Y bien? –preguntó don Clemente, mientras doña Asunción trataba de calcular si efectivamente había sido ayer el último día del segundo siglo, o el primer milenio del último siglo, o el... Para ello había sacado del mangui-

to la mano enguantada y hacía cálculos con los dedos, hasta que se dio cuenta de que eso era impropio de una maestra de enseñanza primaria...

–Decía usted...

–Que este niño está llamado a grandes destinos si ustedes me dejan que le transmita los poderes –dijo un poco impaciente la dama, a la vez que cerraba el paraguas, dejando al descubierto un enorme sombrero con forma de barco, lleno de plumas y cintas de colores.

–¿Poderes? ¿Qué poderes?

–Los que el hado Raniero encargó en 1401 que se le diesen.

–¿En 1401? ¿Hace...? –Doña Asunción se disponía otra vez a contar con los dedos, pero no hizo falta.

–Sí, hace quinientos años. El gran hado dijo...

–¿El gran hado? –interrumpió ahora don Clemente—. ¿Pero qué está usted diciendo? ¡Esta mujer está loca! –exclamó dirigiéndose a su amigo don Alfonso, el juez, que también iba embozado en su capa.

–Bueno, bueno –cortó tajante la señora desconocida –; si se ponen así de pesados, no podré transmitir los poderes como me han encargado –y como si no existieran los demás, puso su paraguas cerrado sobre la cabeza del pequeño Vital y con cierta solemnidad exclamó–: Tú, Vital, hijo de Clemente, tendrás los poderes del gran hado, pero sólo una vez cada vez que se cumpla un decenio de tu larga existencia. Empléalos para hacer el bien y agradece así a Dios todo lo que él te ha dado.

Como si Vital quisiera dar a entender que se había enterado, empezó a llorar, más bien a berrear.

A todo esto, la gente se había arremolinado. Y unos a otros se preguntaban: «¿Qué pasa? ¿Quién es esa señora?».

–¿Qué señora? –preguntaba don Clemente, pasándose la mano enguantada por los ojos como si saliera de un sueño.



Porque aquella señora del paraguas había desaparecido. Y la verdad es que nadie, más tarde, tenía la seguridad de haberla visto.

—¡Vamos! —dijo doña Asunción recobrando la iniciativa; y el desfile siguió cuando todavía sonaban las campanas y el viejo Alvarito hacía otro lanzamiento.

Los chicos que había por allí salieron corriendo para coger la caña del cohete cuando cayese al suelo después del estampido.

1911**Un Ford modelo T**

EN 1911 las gentes estaban convencidas de que vivían en un mundo feliz, en paz y lleno de increíbles adelantos. Lo que no sabían era que después, cuando tal era de optimismo ya hubiese pasado, se llamaría a aquel tiempo *la belle époque*, la época más bella del mundo.

En la Ciudad también se pensaba así, y sus habitantes miraban con orgullo, como símbolo de ese tiempo nuevo, el automóvil de don Eustaquio, el ingeniero, que era el primero que había en la población de manera estable. Cuando se oía –¡mac, mac!– su desagradable bocina, los vecinos de la Ciudad que andaban por las proximidades hacían inmediatamente dos cosas: salir corriendo hasta ponerse en lugar seguro, y después complacerse de haber vivido en un tiempo que les permitía conocer tales adelantos.

Además, por si fuera poco, era un coche norteamericano. No es que los norteamericanos tuvieran muchas simpatías en la Ciudad: más bien todo lo contrario. Estaba todavía próxima la guerra de Cuba y los Estados Unidos provocaban antipatía. Pero... la guerra misma había demostrado que era la nación más poderosa del mundo (¡los únicos que habían podido derrotarnos!) y la que estaba a la cabeza de todos los adelantos. Por eso ese automóvil de don Eustaquio...

–¡Es un modelo Ford, el modelo T! –decía en el casino don Clemente, que siempre estaba al cabo de todo.

—¿Y eso qué quiere decir?

Don Clemente, como quien daba una conferencia, explicaba a sus contertulios:

—Henry Ford es un señor norteamericano que no solamente hace coches, sino que ahora los hace en cadena, es decir, muchos coches al mismo tiempo, con lo que tarda menos y salen más baratos. A esos coches los llaman «modelo T», y uno de ellos es el de don Eustaquio.



—O sea —dijo don Julio, que era un poco bruto—, que está hecho deprisa y corriendo...

Pero la verdad es que en la Ciudad, cuando don Eustaquio aparecía conduciendo su extraño automóvil, que todavía recordaba un poco a los coches de caballos (pero sin que se vieran los caballos), todos sentían a la vez miedo y envidia, porque aquel extraño tenderete andante ser-

vía para ir más deprisa, pero era un verdadero riesgo para los que iban dentro de él y para los transeúntes, que por si acaso, como buenos chicos se apresuraban, en cuanto oían el inconfundible ruido, a meterse en un portal.

Desde el portal de su tía Ana vio Vitalito por primera vez el coche y quedó maravillado. Quizá por eso pasó lo que pasó.

Manolín era muy amigo de Vitalito. Era más pequeño –ocho años, Manolín; diez recién cumplidos, Vitalito–, pero eran muy amigos, quizá porque Manolín hacía todo (bueno, casi todo) lo que decía Vitalito, y Vitalito ayudaba y defendía siempre a Manolín. Por eso, cuando Manolín cogió aquella extraña enfermedad, con esas fiebres tan altas, Vitalito estaba deshecho y se pasaba las horas, desde que lo supo, en casa de Manolín, y no estaba en su habitación porque las personas mayores no le dejaban.

–Anda, Vitalito, vete a jugar, que Manolín ya se pondrá bueno.

Pero él veía (o mejor dicho, oía, porque siempre estaba con las orejas abiertas) que no iba a ser así, porque todos estaban nerviosos, discutían e iban de un lado para otro.

–Dice el médico que sólo si le traen una medicina se puede curar el niño... –decía uno de los criados.

–¡Pues que se la traigan! –contestaba el destajero, que también había acudido a la casa.

–Pero es que no la hay aquí, sólo en la capital; y si van a caballo, a lo mejor no llega a tiempo...

–¿Y si no es a caballo, en qué se va a ir?

–Habían pensado en el coche de don Eustaquio...

–... Pero don Eustaquio está en Madrid...

Vitalito sintió como si se encendiese una luz en su cerebro y salió disparado; al pasar por la plaza, vio al Pecas – otro amigo del cole, gordo y forzudo– y le dijo que se fue-

ra con él, que era muy importante. Juntos llegaron corriendo a casa de don Eustaquio, y entraron por la portada, la puerta trasera que daba a los corrales. Vitalito sabía dónde estaba el coche y se dirigió a él, sacó la manivela y se metió dentro.

–Tú da vueltas hasta que yo te diga –le ordenó al Pecas, que estaba deslumbrado.

El Pecas sacudió la manivela y se oyeron ruidos extraños, mientras Vitalito se agarraba a la palanca, quitaba los frenos, pisaba (con esfuerzo, porque apenas llegaba) los pedales. Los ruidos extraños siguieron sonando, y en medio de ellos se oyó a Vitalito gritarle al Pecas:

–¡Abre las puertas!

Unos instantes después, los habitantes de la Ciudad que pasaban por la calle Real, por la plaza, por la avenida del Prado, vieron con asombro cómo el coche de don Eustaquio circulaba a gran velocidad hasta perderse por la carretera que llevaba a la capital de la provincia.

Una hora después, cuando Manolín estaba cada vez peor, con los ojos cerrados, con un feo color de cara, con los labios resecos y ardorosos, los vecinos que se habían congregado a la salida de la Ciudad vieron llegar el Ford modelo T de don Eustaquio a toda la velocidad que le permitían su motor y el mal estado de la carretera. Cuando Vitalito vio tanta gente, apretó la bocina –¡mac, mac!– para expresar su alegría y para que le dejaran paso libre.